

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN Canalejas, 46. Se devuelven los originales

LA VOZ DE LORCA

SUSCRIPCIÓN 50 céntimos al mes; ANUNCIOS á precios convencionales Pago anticipado.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

PERIÓDICO CATÓLICO

CON CENSURA ECLESIASTICA

¡Ha resucitado!

Grande, colosal ha sido el triunfo de Nuestro Divino Salvador, tan colosal y grande como vil é ignominiosa fuera su muerte... ¡ha resucitado! ha vuelto á la vida, pero vida gloriosa; ha vencido á la muerte, y con la muerte á los fariseos, á los ancianos, al populacho, á la canalla, que solicitaban como cebo la sangre divina para eterna maldición de ellos y de sus hijos... ¡ha resucitado! ha salido triunfador de las sombras del sepulcro, en el que se ha obrado un cambio misterioso; recibió un cuerpo amoratado, cárdeno, lagado, feo, abyecto, y lo devolvió glorioso, sano, radiante de hermosura, herido, pero con heridas que son otras tantas fuentes de gloria y de luz... —¡ha resucitado! ya no hay pasión, ni azotes, ni espinas, ni traiciones, ni befas, toda paz, alegría, dicha.

Si la sociedad quiere participar del grandioso triunfo de Cristo resucitado; si desea que sus hombres sean colosos, enérgicos, vencedores, precisa que se mate, se destruya esa turba de doctrinas y de costumbres malsanas que los envenenan; necesario es que se destierre esa plaga de insolente cinismo con que, con el mayor descaro se perpetran los más vergonzosos crímenes de esa religión y patria; es indispensable que aún á trueque de pasar por atávicos y ranieiros, tengan valor para soportar toda esa pasión de denuestos é inculpaciones calumniosas é injustas, por la que se quiere hacer pasar á los que siguen y son de Cristo, en la confianza de que de esa pasión, destierro, destrucción y muerte, surgirá una sociedad nueva, plebética de vida y energías, bastantes á procurar el conveniente bienestar á sus hombres.

HOJAS SUELTAS

Dulce hora de paz.

En la sombra del templo, en el misterio de devota capilla, en que el Cristo amante destaca su vigorosa silueta á la luz de mortecina lámpara; una mano blanca, misericordiosa, se ha levantado para bendecirme... unos labios, henchidos de plegarias, se han abierto para pronunciar sobre mí unas pláticas palabras de perdón... Vide in pace (vete en paz); me ha dicho el Sacerdote al levantarme de confesar mis culpas.

Y una paz íntima, bienhechora, inmensa, me ha envuelto en sus blancas alas;

inundando mi alma de luz, de confianza, de santa alegría.

Hubo un tiempo en que, haciendo coro con la protesta de todas las malas pasiones que se rebelan, yo también me declaré la confesión sacramental es invención puramente humana, invención de los Curas para penetrar en el secreto de las conciencias y apoderarse de los misterios de las almas, á fin de hacerse los árbitros y dueños de la sociedad.

Es el grito de la rebeldía y del orgullo, el grito de la concupiscencia llevada de la mano por la ignorancia. Cuando ese grito hiere hoy mis oídos, yo pregunto á los que frenéticamente lo lanzan en medio de nuestros caminos, á la faz de las muchedumbres entontecidas:

Si es invención humana la confesión sacramental ¿cuál es el nombre de su inventor? ¿En qué edad, en qué época, en qué siglo apareció esa práctica? ¿Cuál es el pueblo, la nación, la parte del mundo que por primera vez contempló el extraño espectáculo de un hombre arrodillado á los pies de otro hombre para descubrirle las intimidades de su corazón y declararle sus miserias, sus debilidades y caídas? Puesto que se trata de un hecho histórico de la más grande trascendencia individual y aun social, ¿en qué historia, archivo, libro ó documento consta el nombre del inventor, la fecha de semejante suceso, las circunstancias todas que acompañaron y subyugaron á tal innovación?

Porque es evidente que esa práctica de la confesión, ó surgió calladamente, subrepticamente, en algún rincón de la tierra, á la sombra de algún claustro monacal, en el misterio de alguna iglesia oculta, ó hizo su aparición en el mundo como resultado de una legislación general de la jerarquía eclesiástica, reunida en algún Concilio ó Asamblea solemne.

¿Optamos por lo primero?... Pero, ¿cómo la Iglesia, centinela siempre alerta para denunciar y castigar con el anatema todas las novedades que han querido alterar la Doctrina y la palabra de Cristo, ha cerrado sus labios y permanecido silenciosa ante reformas tan graves?

Es que—se me dirá—esa reforma redundaba en provecho y beneficio suyo, favorecía sus planes y designios, fomentaba sus intereses y afianzaba su dominio sobre las conciencias y las almas. ¿No habla de callar, de cruzarse de brazos, de dejar hacer?... ¡Ah!, pero al desahar esa maligna sospecha, se ovida una cosa muy importante, y es que, cualquiera que sea la época en que supongamos introducida la práctica de la confesión, la Iglesia tenía enfrente y en contra de ella enemigos atentísimos y formidables, que esplotaban todos sus menores movimientos, anhelando encontrar algo de que acusarle y reprehenderle.

Señaladme, diría yo, el siglo, el día, la hora en que la Iglesia se ha hallado libre de esa escrupulosa y diligetísima fiscalización de sus enemigos. Señaladme el momento histórico en que no han existido herejías y detractores de la Iglesia. Ahora bien, aunque ésta, por miras interesadas, hubiera querido hacer la vista gorda en este punto de la confesión sacramental, dejando que prevaleciera y se propagara la nueva práctica, ¿es posible que sus enemigos se habieran puesto también de acuerdo para sellar sus bocas y permitir que la cosa siguiera así?

Desechada por absurda la primera hipótesis, veamos la segunda. El protestantismo se alza aquí con aire victorioso, para exclamar con júbilo: Sí, fue en un Concilio, en el cuarto de Letrán, donde la

Iglesia, solemnemente, estableció la práctica de la confesión.

¡Pobres protestantes! ¡Pobre lógica y pobre sentido común de los falsos reformistas! Reglamentar una práctica; ¿es acaso inventarla? ¿Es establecer de nuevo una costumbre é marcarle un canon concreto? El citado Concilio de Letrán decretó la obligación de confesarse una vez al año, por lo menos. Luego, evidentemente, la confesión existía y se practicaba ya en el pueblo cristiano.

De no ser así ¿qué criterio, qué protesta universal y unánime no se hubiera alzado hasta en los últimos rincones de la tierra? Nada más fácil que promulgar y hacer aceptable entre los hombres una doctrina, una ley, un uso cualquiera que halague sus pasiones y abra ancho camino á sus debilidades é instintos. Todo lo contrario de lo que es la confesión sacramental, humillación de todo nuestro ser, dice formidable contra todas las humanas pasiones... ¿Y hay quien crea que novedad tan estupenda, tan contraria á todas las rebeldeas de la carne y del espíritu, fuera aceptada sin una voz de contradicción y de protesta?

Cristianos de hoy y creyentes de ayer, que en las místicas penumbras del santuario abris vuestros corazones á la mirada piadosa del Sacerdote católico, que os absuelve y perdona; sabed que lo que vosotros hacéis lo hicieron igualmente vuestros padres y hermanos en la fe del siglo anterior y del que le precede, y de los siglos todos; hasta llegar á los perseguidos fieles de las catacumbas.

Ved allí, en aquellos misteriosos subterráneos, restos de confesiones y penitencias, el altar del sacrificio, el lugar secreto destinado á escuchar las confesiones de los primeros cristianos, prontos siempre á partir hacia el martirio.

¿Habrá quien dude aún de que la confesión es institución divina, práctica impuesta por el mismo Cristo?

Así rezan unos viejos apuntes manuscritos que la casualidad ha puesto en mis manos; Me han parecido de actualidad é interés. Los he reproducidos Ahí los tienen; lector.

Teodomiro.

A Jesús.

Tembió la tierra en su seno, Se oyó el trueno en lo profundo, Haciendo gemir al mundo De horror y de espanto lleno.

De funerarios crespones Los espacios se cubrieron; Gritos de dolor se oyeron Que aterraron las naciones.

Las estrellas se eclipsaron; Rugió la mar imponente; Y ronca voz estridente Los huracanes lanzaron.

Y á los horrendos lamentos Que dió la espantada esfera, Bramó la canalla fiera Con criminales intentos.

Las flores se marchitaron, É imponentes las montañas; Sus crestas pardas y extralías Hasta las nubes tocaron.

Y con acento de trueno Y air confuso y agarrado, En turba soez pedía La muerte del Nazareno.

Y ciega y enfurecida Arroja de rabia llena, La ponzoña que envenena Su existencia maldecida.

Perdón—los labios murmurán; Del justo Dios, en la cruz; Que ciegos no ven la luz En el Dios que así torturan.

Valor á su eterno padre Le demanda en su agonía, Y al dar su amor á María, Dice á Juan—he ahí á tu madre.

Y desde entonces en pos De su bondad infinita, La Virgen Santa y bendita Es luz del hombre y de Dios.

Enrique Romera.

DE ENSEÑANZA

Velar por la educación de la infancia es prevenirse contra la barbarie y á ello nos obliga uno de los más imperiosos deberes humanos. Por ello aparece á nuestra consideración el maestro de escuela como un sacerdote cristiano, como un hombre venerable, como un ser superior á todos los de su especie.

El buen educacionista tiene que atender con preferencia al cultivo moral de los alumnos, aunque fuese necesario retardar prudencialmente la obra de materia enseñanzas.

El buen educacionista debe ser serio, berbio, un criminal. Más importa á la sociedad la abundancia de espíritus humildes, bien dispuestos al perdón de los agravios y fáciles á la transigencia de sus conviventes, que de hombres ásperos, intolerantes y sabihondos.

Repugna escuchar en labios de un profesor cualesquiera la palabra «mamarracho» ante un Crucifijo, y asquea los sentimientos humanos que tales maestros tengan á su cuidado la educación de nuestros hijos ó convecinos. Los frutos de tales desmandados son, sin duda alguna, la envidia, el odio, la venganza y la más repugnante anarquía.

Dime que maestro das á tu hijo y te diré la cosecha que has de obtener con él.

Debemos ver en el niño, más que al ángel de hoy al varón de mañana; y siendo tantos los ejemplos que por desgracia, se suceden actualmente, que nos muestran á los mal educados atropellando las leyes, salpicándonos de inmundicia y haciendo hogares desventurados, podemos servirnos de tales ejemplos prácticos para llevar al corazón de nuestros pequeños los valores de amor al prójimo, respetando á los mayores, respetando á la mujer, respetando á los padres y matronas, respetando al conjunto humano, con preferente atención de todas las demás enseñanzas, por indispensable que las consideremos.

Bien preparado el barbecho podemos depositar confiadamente la semilla de bien; seguros de que las nuevas generaciones bendecirán á sus padres, maestros y superiores, que así laboraron prudentes y discretos en favor del verdadero progreso, único redentor de ese pueblo que mal llamamos soberano en nuestros días.

No está el daño más grave en la falta de cultura, sino en la de la educación.

Los hombres cultos pero mal educados son los que más contribuyen al retroceso de las naciones.

Maceo.